



Benjamín Vicuña Mackenna y su esposa Victoria Subercaseaux de Vicuña.  
En el Archivo de Indias de Sevilla en 1870, donde actualmente se conserva esta fotografía.

# A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Agosto de 1931

Núm. 78

## VICUÑA MACKENNA

**S**E ha rendido un homenaje muy justo al hombre extraordinario que fué Vicuña Mackenna. Actividades múltiples, fecundidad pasmosa si se toma en cuenta lo inquieto de su existencia. Vicuña Mackenna entró en todas las materias con esa su vehemencia característica. Hizo de la historia una crónica viva; de la crónica un romance en ciertos momentos, épico. Detrás de las telas amarillecidas por el zahumerio colonial, descubría los nudos de viejas intrigas... En los arcones hondos y negros, novelerías y aromas milagrerros. Tenía un gran sentido de chilenidad y casi ninguno de los rincones de su tierra le fué desconocido. Pasan en sus libros, hombres, paisajes, sucesos. El alma en su totalidad desnuda. Se echaba con todo el cuerpo, encima de los acontecimientos y de las etapas. Y reía a veces con estrépito o bien, su burla era incisiva, mordiente, como el pincho de un espino. Parecía estar siempre de vuelta respecto de los episodios y de la calidad moral de los que en ellos intervenían. Era exuberante, tumultuoso como una fuerza que se desborda. Había sin embargo en él, algo de la estampa romántica. Desde luego, sus luchas tienen el carácter de una acometida. Es verdad que la época

se prestaba para las actitudes en escorzo. Vicuña Mackenna ha dedicado páginas cálidas al Coronel Urriola el revolucionario sacrificado de la jornada de Abril de 1851, romántico también que un día sale de guante blanco y traje de parada a derrocar el gobierno, al frente de su regimiento. Y luego cae, solo, abandonado, en una calle, con toda la siniestra soledad que rezuman las puertas cerradas de las casas. Es el caer de Urriola la expresión gráfica de la ingratitude colectiva, de la fe baleada en la vía pública...

Tal vez lo romántico del tiempo imprime un aire de grandeza en los hombres que el espíritu burlón de la raza neutraliza con un solo impulso negativo. Por eso quizá en Chile no son afortunados los héroes civiles. Se hielan en la indiferencia, en esta atmósfera de acuario en que se mueven hombres y pasiones. Vicuña Mackenna es la lucha. Como lo fueron Lastarria, Bilbao. Pero una lucha a brazo partido; contra todos, a gritos, a golpes. El temperamento de Vicuña Mackenna no cedió un punto. Volvía siempre a la carga, con la pluma, con la palabra, con el gesto. La sangre céltica imperiosa, sobre este reguero aborígen que ondula y se bifurca como el estero en los cerrillajes. Agua tortuosa...

Vicuña Mackenna se vengaba de las tiranías y del aborregamiento en sus apologías ardientes de visionarios o de caudillos, erguidos en el medio inmóvil. Levantó a Carrera que era la protesta liberal contra el coloniaje. Puso no sé qué lamparada de epopeya en la gesta sombría del audaz Benavides que era el turbión guerrillero y salvaje. En Portales, mitad tirano y mitad organizador, odios y fuerzas salvadoras. En todos ellos hacía chispear la energía de la raza. Porque Vi-

*cuña Mackenna tenía fe en las reservas ocultas que un día estallan y lo arrasan todo. Por eso cantaba su tierra, en la voluntad de sus hombres, en las chismeras de sus casonas frescas que guardaban heroísmos, en las sierras en cuyas entrañas él adivinaba espesas cargas de riqueza, en el pasado que él revivía con la gallardía desordenada de un romántico. Caía en la cárcel. O salía hacia el destierro. No le importaba. Había hecho el don supremo de su vida. No tenía reposo, nunca conoció el reposo. Por eso en esta tierra de intermitencias, causa estupor su constancia intelectual. Y es un ejemplo no sólo por lo que significa como hombre entregado a un ideal sino por lo que representa como escritor. Fué siempre él. Y porque se dió entero con todas sus pasiones, es por lo que sus libros, al leerlos, evocan el tumulto de los pueblos que forcejean por abrirse paso. Es decir, son libros vivos, con vibración de médula espinal.*

DOMINGO MELFI.